

Una América Latina que asume el enfrentamiento

Por MAURICE LEMOINE *

Revolución o muerte! La lucha para echar de Nicaragua a una dictadura de más de cuarenta años, que administraba el país como si se tratara de su propia hacienda, fue terrible. Fue una guerra sin cuartel en esta tierra de lagos violeta y ocres volcánicos. Muestra de ello es la revuelta popular que explota cuando, el 19 de julio de 1979, votando con las armas, los muchachos del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) sacan de su búnker al general Anastasio "Tachito" Somoza.

La bandera roja y negra flamea sobre Managua. Mal ejemplo. Sobre todo para El Salvador y Guatemala, países vecinos. El republicano Ronald Reagan, elegido presidente de Estados Unidos en noviembre de 1980, se pone manos a la obra: instrumentada mediante los contrarrevolucionarios nicaragüenses —la *contra*—, la agresión contra el poder sandinista dura más de diez años. Curtidos por el sol de la montaña, los *cachorros* (1) combaten: "¡No pasarán!". En 1991, sin embargo, en un país arruinado, vencido por el hambre y la guerra, deben deponer las armas. Después de las elecciones presidenciales, entregan el poder. Democráticamente.

Y después... después empieza el largo descenso a los infiernos.

Dos años antes, en 1989, los precios del petróleo en Venezuela se han desmoronado. Se vende al precio del agua. Para "salvar" el país endeudado, el Fondo Monetario Internacional (FMI) impone un ajuste estructural. El pueblo no tiene harina, ni azúcar, ni café, ni aceite, ni arroz. Las subidas de precios y tarifas asfixian a la gente; el transporte público aumenta un 100% de un día para otro.

El 27 de febrero, sin líderes, sin organizaciones, sin consignas, sin banderas, el pueblo invade las calles de Caracas. "¡Tenemos derecho a vivir! ¡Nosotros también somos venezolanos!". Un motín caótico, una revuelta popular a la medida del sufrimiento padecido: coches quemados, supermercados y negocios saqueados... El presidente socialdemócrata Carlos Andrés Pérez ordena a la Guardia Nacional y al Ejército que restablezcan el orden, a cualquier precio. Será terrible. Alrededor de tres mil muertos: el *Caracazo*.

Y después... después, nada (por ahora). Ecuador, 1990. Carreteras cortadas, haciendas tomadas por asalto, iglesias ocupadas... Reanudando una larga historia de sublevaciones contra el colonizador y los propietarios de la tierra, los indígenas se rebelan y hacen temblar el poder.

Y después... después el olvido. En Bolivia es aún más temprano, en 1985, cuando una privatización salvaje de las minas de estaño deja en la calle a 24 000 trabajadores indígenas de un día para otro. Abandonados a los vientos fríos del altiplano, completamente desarmados, llegan a la región de Chapare, donde encaran el único cultivo rentable para un campesino pobre: la coca. Pero ¡ay!, visto desde Washington, coca = cocaína. Se abate sobre ellos la represión.

Y después... en apariencia, no pasa nada más. Ya en 1978-1979, en Brasil, en plena dictadura, los metalúrgicos del ABC paulista (2) se declaran en huelga —a pesar de que es ilegal— y se enfrentan a las desatadas fuerzas del orden. Justo en el momento en que en Nicaragua —volvemos a nuestro punto de partida— los sandinistas derrocan a Somoza.

Principios de los años 1990. Volvió la democracia. Antiguo paraíso de dictadores, América Latina es ahora el laboratorio del liberalismo más desmorozado. En 1980 tenía 120 millones de pobres; veinte años más tarde, se cuentan 225 millones. Washington, el FMI, el Banco Mundial y algunas burguesías (muy poco) nacionales imponen su ley de hierro.

No es que los movimientos sociales hayan bajado los brazos. En todas partes siguen resistiendo. Son innumerables, desde los sin tierra brasileños (y paraguayos) hasta los bolivianos que mantienen guerras "del agua" y "del gas" contra las multinacionales. Pero esos levantamientos, a veces muy violentos, tienen un carácter puntual; tienen objetivos inmediatos y limitados.

"Hemos emprendido la lucha que tenemos que dar para obtener lo que el Estado mexicano nunca quiso otorgarnos: el trabajo, la tierra, un techo, la alimentación, la salud, la educación, la independencia, la libertad, la democracia, la justicia y la paz" (3), declara el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en las montañas de Chiapas, y pasa brevemente a la lucha armada, el 1 de enero de 1994.

"Desde el principio de los años 1980, catorce presidentes no han podido terminar su mandato"

La acción del EZLN y del subcomandante Marcos tendrá un papel determinante en la caída, en 2000, del Partido Revolucionario Institucional (PRI), amo absoluto de México desde 1929. Sin embargo, a falta de una estrategia clara frente a la "toma de poder", que les parecía secundaria, los insurgentes no podrán impedir la llegada al frente del Estado del derechista Partido de Acción Nacional (PAN). Y deberán limitarse a administrar la autonomía local que, contra viento y marea, han logrado instaurar en sus comunidades de Chiapas.

Más al sur los presidentes caen, ya se llamen Jamil Mahuad o Lucho Gutiérrez (Ecuador), Alberto Fujimori (Perú), Gonzalo Sánchez de Lozada o Carlos Mesa (Bolivia), Fernando de la Rúa (Argentina), este último echado al grito de "¡No a la globalización! ¡Fuera el FMI! ¡Que se vayan todos!". Desde el principio de los años 1980, catorce presidentes no han podido terminar su mandato.

Pero, ¿qué los reemplaza?, ¿quién? En el momento de las elecciones, en un ambiente de feria, los candidatos se disputan la victoria bajo un mar de chucherías y banderines. La marea de promesas y eslóganes no deja lugar al debate de ideas. Más grave aún. En democracias secuestradas por los mercados, en plena crisis económica y social, todos los partidos tradicionales —tanto de derecha como de izquierda— ponen en marcha, a grandes rasgos, la misma gestión. Así pues, todos se vieren muy desprovistos "cuando llegó el invierno".

Pues, más allá de las vicisitudes, en la mayoría de los casos los pueblos tenían una conciencia colectiva latente. Eran barriles de pólvora listos para explotar. No les faltaba más que la chispa. Ni la furia espontánea ni las movilizaciones populares habían podido encender la mecha: esa tarea incumbía a un "líder". La incapacidad de la clase política tradicional para canalizar la revuelta de los menos favorecidos abrió el camino a dirigentes de origen sindical, militante, militar o insurgente.

Esa afirmación puede molestar a los movimientos altermundialistas y anticapitalistas, o a quienes, aferrados a aquello de "ni Dios, ni rey, ni tribuno", insisten en la dirección colectiva o en la espontaneidad popular. Sin embargo, el papel central del "dirigente carismático" salta a los ojos; sin cuestionar, sino multiplicando, el papel de los millones de ciudadanos anónimos que participan de una manera u otra en los "procesos".

Cuba no habría resistido cincuenta años a la agresión estadounidense sin Fidel Castro. En Venezuela, la revolución bolivariana no sería lo que es (¿acaso sería, a secas?) sin el presidente Hugo Chávez. Y la transformación social de Bolivia hoy en día tiene nombre: Evo Morales.

"En la carrera de todo gran dirigente hay un acto simbólico fundamental, un gesto heroico que marca el nacimiento político" (4). La defensa de los trabajadores de las bananeras para Elicécer Gaitán, en la Colombia de los años 1940 (5). El asalto al cuartel Moncada en Santiago de Cuba para Fidel, el 26 de julio de 1953, y luego la epopeya de Sierra Maestra. El intento de golpe de Estado del teniente coronel Chávez, el 4 de febrero de 1992, para, tres años después del traumatismo del *Caracazo*, derribar —según sus propios términos— "esa democracia injusta y corrupta".

"¡La historia me absolverá!", lanza el joven Castro durante su juicio, después de Moncada: "No hemos alcanzado nuestros objetivos, *por ahora*", anuncia Chávez durante su rendición, ante las cámaras, tras un fracaso de golpe de Estado. Dos frases que tendrán un impacto enorme y darán a sus autores un estatuto simbólico entre los desposeídos.



MAURICE LEMOINE. Subcomandante de Hugo Chávez durante el golpe de Estado de abril de 2002.

Hay alguien menos "fuera de regla" pero igualmente ejemplar de una identificación con la causa popular; en su momento fue como tribuno,

pero también como político forjado en las luchas cotidianas (cuando fue Ministro de Salud, en 1940, llevó adelante una vigorosa acción a favor

No querían

Por LAURENT BONELLI *

En 1902 Lenin escribe *¿Qué hacer?* Considera entonces que no puede haber una gran transformación social sin una organización constituida "principalmente por hombres que tengan por profesión la actividad revolucionaria", es decir agitadores, organizadores, propagandistas especializados. Los bolcheviques adoptarán con rapidez este modelo, inaugurando una vía que seguirán muchos otros, incluso de opciones ideológicas diferentes. El papel de estos agueridos militantes —Jan Valtin, un Max Hölz— tanto en el desencadenamiento de huelgas o insurrecciones como en el desarrollo y la circulación de ideas, los convierte en una referencia obligada del imaginario progresista (1).

Estas activas minorías suscitan también el interés de las policías políticas, que refuerzan sin descanso su cooperación —su internacionalismo supera a menudo el internacionalismo proletario— y buscan incansablemente detrás de cualquier movilización social las intrigas ocultas de organizaciones subversivas que persiguen otros fines.

Aunque opuestas prácticamente en todo, estas dos visiones concuerdan en considerar que las dinámicas revolucionarias nacen de la acción consciente, planificada y organizada de algunos actores.

La Revolución Francesa demostró que tal análisis es insuficiente. En efecto, si como hace el historiador estadounidense Timothy Tackett (2), se estudia a los miembros de los tres órdenes —clero, nobleza y Tercer Estado— convocados en mayo de 1789 por los Estados Generales, es difícil encontrar a los habituales sospechosos de la sedición. Por lo contrario, se reunieron individuos que se contaban entre los más respetables del reino: príncipes, duques, marqueses, condes, barones, arzobispos, obispos, magistrados, abogados, médicos, profesores universitarios, banqueros... Excepto un centenar de diputados del Tercer Estado y una parte del clero constituida por sacerdotes de parroquias, la inmen-

sa mayoría del millar de delegados que convergieron en Versalles pertenecía a las categorías más privilegiadas del Antiguo Régimen.

Sin embargo, fueron ellos quienes, en algunas semanas, derribaron los propios fundamentos del sistema monárquico. Años después de los hechos, el constituyente Malouet se asombraba aún de la obra realizada en 1789: "No se sabe cómo, sin plan, sin objetivo determinado, hombres divididos en sus intenciones, sus costumbres, sus intereses, pudieron seguir el mismo camino y llegar de común acuerdo a la subversión total" (3).

Para explicar este fenómeno, historiadores como Albert Soboul o Michel Vovelle pusieron el acento, en un contexto de profunda crisis financiera del Antiguo Régimen, en el antagonismo entre la burguesía económica y la nobleza territorial. En efecto, la primera financiaba las deudas siempre crecientes de la monarquía, sin por ello acceder al poder político, acaparado por la segunda en virtud de su nacimiento.

Aunque en el fondo este análisis es acertado, descuidado demasiado las secuencias por las cuales los delegados de los Estados Generales se convirtieron en revolucionarios. Y, en forma colectiva, acordaron que el mundo político e institucional que siempre habían conocido debía ser derribado.

La Revolución se desarrolló por espasmos, sin que nadie fuera capaz de controlarla por completo. En primer lugar pasó por el fortalecimiento de la unidad del Tercer Estado, que paradójicamente se vio favorecida por la actitud del clero y de la nobleza. En efecto, al negarse a encontrarse con los representantes del Tercer Estado y a obligarlos a reunirse en forma separada, los estamentos privilegiados contribuyeron a que desarrollaran una cohesión que sus diferencias de origen y de aspiraciones hacía poco probable. La intransigencia de los nobles, inducidos por su fracción más conservadora, provocó una virulenta hostilidad en su contra. Su altivez y su desdén irritaron hasta a los delegados más moderados del Tercer Estado, de manera que éstos decidieron seguir por su cuenta y el 17 de junio constituirse en "Asamblea Nacional" sin representantes de las dos órdenes restantes.

* Jefe de Redacción de *Le Monde diplomatique*, París.

* De la redacción de *Le Monde diplomatique*, París.

de los centros de salud pública), como Salvador Allende movilizó a sus partidarios. Fue llevando a cabo los 41 días de huelga en el ABC paulista, en 1979, sufriendo golpes y cárcel, como el presidente del Sindicato de los Trabajadores de la Metalurgia de Sao Bernardo, Luiz Inácio Lula da Silva, accedió a la notoriedad nacional. Fue su resistencia a la violenta represión contra los cocalleros de Chapare (cuyo sindicato dirige) y, en 2002, su expulsión ilegal del Parlamento (para el cual había sido elegido), lo que convirtió a Evo Morales en uno de los actores más importantes de la vida política boliviana. Fue su compromiso en el seno de la "Iglesia de los Pobres", bajo los auspicios de la Teología de la Liberación, lo que propulsó al ex obispo Fernando Lugo a la presidencia de Paraguay.

"El carisma no está fundado en la seducción solamente. El dirigente es juzgado según sus acciones"

La relación excepcional entre el líder y el pueblo –pensemos aquí particularmente en Chávez, Morales y, en menor medida, en el presidente ecuatoriano Rafael Correa– provoca el malestar e incluso el pánico de los "bienpensantes". Radicalmente antisistema, antioligárquico, *antiestablishment*, el discurso constituye el elemento central en esa relación.

¡Populismo! ¡Respuesta demagógica y superficial a la crisis! ¡Orador teatral que excita a un populacho ignorante!

En realidad, en su práctica del diálogo, estos dirigentes asimilan los sentimientos populares y los retraducen de manera más coherente, con más fuerza, lo cual contribuye a la formación de una identidad colectiva estructurada. "Sin duda, una relación dialéctica funciona entre él (Chávez) y el pueblo, una ósmosis en la que ambos elementos son indispensables y se alimentan uno al otro. El pueblo venezolano (...) se constituyó en sujeto político a través de las acciones de Hugo Chávez

vez y del movimiento bolivariano; hablar de uno sin el otro no tiene ningún sentido en la fase histórica actual" (6).

Para sus partidarios, los discursos de los presidentes no son espectáculos a los cuales asisten; son –y este es un aspecto crucial de la dinámica de los movimientos populares– actos en los cuales participan, y de los cuales se alimentan para involucrarse en los cambios que están en curso, en el marco de democracias que se pretenden participativas. Unos y otros se refuerzan mutuamente.

No obstante –condición necesaria pero no suficiente– lo que se llama carisma no está fundado ni en la seducción únicamente, ni solamente en la capacidad de levantar a las masas con sentencias inflamadas. Hasta tal punto que se puede ser conservador, incluso reaccionario o fascistoide, y estar dotado de carisma. Con el tiempo, el dirigente es juzgado según la vara de sus propias acciones.

Elegido como el campeón de los pobres en 2002, el presidente Lula inaugura su mandato yendo al Foro Social Mundial de Porto Alegre... y al Foro de Davos. En busca permanente de amigar con Dios y con el diablo, lanza una serie de políticas públicas "asistencialistas" a favor de los menos favorecidos, pero sin cuestionar jamás las estructuras económicas y favoreciendo una profundización del modelo neoliberal (7). Lo mismo vale –en diversa medida– para los jefes de Estado "de izquierda" Tabaré Vázquez (Uruguay), Néstor y luego Cristina Kirchner (Argentina) y Michelle Bachelet (Chile). Representantes del progresismo contra la derecha oligárquica –lo cual ya es un avance–, todos renuncian a introducir reformas sociales profundas y sucumben a las exigencias del capital privado.

Los "radicales", por su parte, se las arreglan para llevar adelante una profunda transformación de la sociedad. Empezando por la elección de una Asamblea Constituyente y una reforma –aprobada mediante un referéndum– de la Constitución (Venezuela, Ecuador, Bolivia). Moda, agitación estéril, gesticulaciones... exclaman numerosos observadores. Sí, claro. Llegado al poder gracias a una alianza ideológicamente muy amplia y sin mayoría en el Congreso, el presidente paraguayo Fernando Lugo plantea el problema en toda su acuidad, a propósito de la



MAURICE LEMOINE Simpatizantes de Hugo Chávez durante el golpe de Estado de abril de 2002

reforma agraria que reclaman quienes lo eligieron: "Tenemos que aceptar el hecho de que el fin del latifundio, que los movimientos campesinos adoptan como bandera, choca con una limitación constitucional. Si no se cambia o si no se modifica la Constitución, será imposible llevar a cabo una reforma agraria integral" (8).

Ya sea en América Latina o en Europa, la mayoría de las fuerzas de izquierdas han tomado el costumbre de borrar toda referencia al socialismo. Allí se ubica hoy en día la línea divisoria. El 30 de enero de 2005, durante el quinto Foro Social Mundial, Chávez habló por primera vez del "socialismo del siglo XXI". Desde entonces, tanto Morales como Correa también han cruzado el Rubicón (9). No hay ninguna tibieza en ninguno de ellos tres. Nacionalización de los recursos estratégicos, programas sociales masivos, redistribución de las tierras, desarrollo, en Venezuela, de formas no privadas de propiedad y control (cooperativas, empresas en cogestión, consejos comunales), etc.

Con una consecuencia, asumida con conocimiento de causa y que, de hecho, constituye otra gran diferencia (quizá la única) respecto de los "moderados": esas medidas implican medir las fuerzas, e incluso el enfrentamiento; el orden dominante nunca suelta nada.

Cuando, en diciembre de 2001, preocupada por una serie de reformas que juzgaba demasiado radical, la oposición (minoritaria) comienza a manifestar su rechazo, Chávez, ante la multitud, en la avenida Bolívar, responde: "No vinimos para hacer algunos cambios superficiales, no vinimos para mentirle al pueblo soberano. ¡No! (...) Aunque esas minorías privilegiadas no quieran verlo ni oírlo, ¡no hay vuelta atrás en esta revolución!". Cuatro meses después, en abril de 2002, debe enfrentarse a una tentativa de golpe de Estado. Un apoyo popular, que desde entonces no ha menguado, le permite resistir. Y luego, acelerar y profundizar la revolución bolivariana.

Sabotajes de la Asamblea Constituyente, huelgas patronales, amenazas de secesión de la provincia de Santa Cruz: Evo Morales deberá afrontar a su vez un intento de desestabilización en septiembre de 2008. Con la fuerza que le da el apoyo de una enorme mayoría –que representa–, él tampoco retrocederá.

De más está decir que esas rupturas plantean serios problemas a los teóricos. Sin copiar los esquemas probados en otras latitudes y sin recitar el decálogo del perfecto revolucionario, dichas rupturas parecen obedecer a su propia lógica: avanzan, retroceden, se equivocan, vuelven a avanzar, exploran nuevas vías. A la política del escepticismo –profundamente conservadora, ya que supone que la democracia liberal es el único modelo posible y aceptable–, ellas oponen la política de la convicción. Ellas recuerdan que a veces, en algunos momentos históricos, los pueblos rompen las cadenas y quiebran la "fatalidad". ■

MAURICE LEMOINE

(1) Jóvenes soldados del Ejército Popular Sandinista (EPS).
(2) Santo André, São Bernardo, São Caetano: suburbios industriales incluidos en el gran Sao Paulo.

(3) "Órgano de información del EZLN", nº 1, México, diciembre de 1993.

(4) Ver el análisis –cuya argumentación retomamos aquí– de Diane Raby: "El liderazgo carismático en los movimientos populares y revolucionarios", *Cuadernos del Cendes*, Caracas, agosto 2006.

(5) Dándose cuenta del peligro que representaba, la oligarquía colombiana lo asesina en 1948, antes de que pudiera llegar al poder; su muerte hundió a Colombia en el conflicto que aún hoy perdura.

(6) Diane Raby, *op. cit.*
(7) Será reelecto en 2006, debido a su popularidad "personal" y no "política", considerado como un "mal menor" frente a la derecha.

(8) *El País*, Madrid, 26 de marzo de 2009.

(9) Huelga decir –pero vale la pena decirlo– que estos presidentes se someten a elecciones democráticas, en un marco político pluralista, en presencia de observadores internacionales. Recuérdese también que introdujeron en sus Constituciones el referéndum revocatorio, barrera para la tentación del poder "de por vida", sospecha que (erróneamente) los accecha con mucha frecuencia.

hacer la revolución

El decreto fundador de esta Asamblea indicaba que controlaría toda la recaudación de impuestos. La medida, extraordinariamente revolucionaria, provocó de inmediato la hostilidad del rey, quien dejó entender que disolvería la Asamblea y desplegaría las tropas en torno a la Sala del Consejo. Pero empezó el pulso: los diputados tomaron en serio su nueva función, y alentados por el entusiasta apoyo de cientos de habitantes de Versalles y París que asistían a las sesiones, declararon que cualquiera que intentara dispersarlos o detenerlos sería "culpable de un crimen capital". La audacia de este acto colectivo aceleró el ritmo de la movilización: una buena parte del clero, y posteriormente 47 nobles se incorporaron a la Asamblea Nacional. Entonces el rey cambió el rumbo. Ordenó que tanto el clero como la nobleza se sentaran juntos en lo que siguió llamando los Estados Generales. Los diputados de las tres órdenes empezaron a trabajar en múltiples oficinas y comisiones, limando poco a poco los antagonismos que los oponían algunos días antes.

No obstante, la lenta pacificación de las relaciones en Versalles contrastaba con la degradación de la situación general del país. El 12 de julio estalló en París una violenta insurrección popular. La Bastilla fue tomada el 14 y se multiplicaron las escenas de linchamiento (como el del intendente de París y su yerno, acusados de ser responsables de las dificultades de abastecimiento). Los saqueos y motines se extendieron a las provincias, causando lo que se llamará el "Gran miedo" (la "Grand peur"). La administración real parecía estar al borde de precipicio y, en cualquier caso, se incapaz de restablecer la calma. Preocupados –y a veces horrorizados– por la situación, los diputados inauguraron una serie de debates sobre las medidas que debían adoptarse para terminar con los desórdenes. Y la sesión histórica del 4 de agosto de 1789 comenzó en realidad con el examen de un decreto destinado a restaurar la ley y el orden...

En medio de los debates, dos representantes de la alta aristocracia, el vizconde de Noailles y el duque de Aiguillon –haciéndose eco de las consignas de los amotinados– propusieron para gran sorpresa de sus homólogos abolir los derechos señoriales

e instaurar un impuesto proporcional a la renta. El duque de Châtelet, cortesano y Par del reino, comandante en jefe de las tropas que reprimieron los desórdenes parisinos de mediados de julio y considerado como un intransigente se adelantó a su vez y declaró oficialmente que renunciaba a los derechos sobre sus tierras, reservándose una "justa compensación". Una especie de euforia se apoderó de la Asamblea y unos tras otros los diputados hicieron sus propias ofertas: instauración de un sistema judicial gratuito, supresión de los beneficios eventuales del clero, del derecho de caza, reforma de la importación y exportación de productos, abolición de algunos privilegios provinciales... A las dos de la mañana, aparentemente ya no quedaba nada por ofrecer. Durante un breve lapso una curiosa mezcla de idealismo, inquietud y fraternidad reunió a los diputados de todos los estamentos. Un momento que el diputado Pellerin, por la noche, anotó en su diario: "La posteridad nunca querrá creer lo que la Asamblea Nacional ha hecho en el espacio de cinco horas. [Ella] acabó con abusos que existen desde hace novecientos años y que un siglo de filosofía habían combatido en vano" (4).

Por supuesto, resurgieron luego los antagonismos, en los debates sobre la nacionalización de los bienes del clero o cuando, el 19 de junio de 1790, la Asamblea votó la abolición de la nobleza hereditaria, provocando la partida de buen número de aristócratas hacia los ejércitos de emigrados que luchaban contra la Revolución. Pero no por ello la noche del 4 de agosto de 1789 deja de ser una esclarecedora ilustración de la manera en que, en una situación de crisis, la dinámica propia de la Asamblea pudo llevar a los diputados a adoptar posiciones revolucionarias que, algunas semanas antes, les hubieran parecido totalmente inconcebibles. ■

LAURENT BONELLI

(1) Véase la autobiografía del primero: Jan Valtin, *Sans patrie ni frontière*, Actes sud, Arles, 1999 y para el segundo, Paco Ignacio Taibo II, *Arcángel. Doce historias de revolucionarios herejes del siglo XX*, Planeta, Barcelona, 1998.

(2) Timothy Tackett, *Par la volonté du peuple. Comment les députés de 1789 sont devenus révolutionnaires*, Albin Michel, Paris, 1997.

(3) *Ibid.* p. 113.
(4) *Ibid.* p. 168.

Declaraciones:

Claude Tillier

"Quien quiera que haya sembrado privilegios recogerá revoluciones".
MON ONCLE BENJAMIN, 1843.

Jules Gesde

"La revolución que le incumbe sólo es posible en la medida en que usted se mantenga en una posición de clase contra clase. (...) Si la clase capitalista no formara más que un solo partido político, habría sido definitivamente aplastada en la primera derrota sufrida en sus conflictos con la clase proletaria. Pero se ha dividido en burguesía progresista y en burguesía librepensadora, en burguesía clerical y burguesía librepensadora, de manera que una fracción vencida siempre pueda ser reemplazada en el poder por otra fracción de la misma clase, igualmente enemiga. Es un navío con separaciones estancas que puede hacer agua por un lado y quedar insubmersible. Y ese navío son los galeras del proletariado, en las cuales son ustedes los que reman y penan y los que penarán y remarán siempre, hasta tanto no se hunda, sin distinción de piloto, el barco que lleva a la clase capitalista y su fortuna, es decir, las ganancias realizadas a expensas de vuestra miseria y vuestra servidumbre".
LILLE, EL 26 DE NOVIEMBRE DE 1900.

Mao Zedong

"La revolución no es una cena de gala, no es como escribir un ensayo, pintar un cuadro o bordar una flor. No puede llevarse a cabo con tanto refinamiento, soltura y elegancia, con tanta suavidad, calma, respeto, modestia y deferencia. Una revolución es una insurrección, el acto de violencia por medio del cual una clase derroca del poder a otra clase".
INFORME SOBRE LA INVESTIGACIÓN REALIZADA EN HUNAN SOBRE EL MOVIMIENTO CAMPESINO, MARZO DE 1927.

Simone Weil

"De lo que se trata, después de haberse sometido siempre, de haber sufrido todo, aguantado todo en silencio durante meses y años, es de atreverse por fin a levantarse, a mantenerse de pie. (...) Independientemente de las reivindicaciones, esta huelga es en sí misma una alegría. Una pura alegría. Una alegría sin mezcla con nada. Sí, una alegría. (...) Por primera vez y para siempre, flotarán alrededor de esas pasadas máquinas otros recuerdos diferentes al silencio, la obligación, la sumisión".
LA CONDICIÓN OBRERA, 1951.

Thomas Sankara

"La revolución no es tristeza ni amargura. Es, por el contrario, entusiasmo y orgullo de todo un pueblo que se hace cargo de sí mismo y así descubre su dignidad. Y por eso los invito a la fiesta; la fiesta que es la conclusión lógica del trabajo bien hecho y la partida hacia nuevas luchas exigentes y llenas de promesas".
DISCURSO DEL 2 DE OCTUBRE DE 1987

Xavier Mathieu

"Ellos no comprenden que hace cinco semanas que somos amables, que no decimos nada, que nos contenemos. Antes tuvieron ovejas, pero ahora tienen leones".
DELEGADO DE LA CGT DE CONTINENTAL, 21 DE ABRIL DEL 2009.

Louise Michel

"Ignoro dónde se librará el combate entre el viejo mundo y el nuevo, pero poco importa: allí estará. Ya sea en Roma, en Berlín, en Moscú, no lo sé, iré, y sin duda también muchos otros. Y en cualquier lugar que sea, el destello ganará el mundo; las multitudes estarán de pie, dispuestas a sacudir la miseria de sus melenas de leones".
MEMOIRES, 1886.

.../...